

Sé el papá
que tus hijos
necesitan

Libros de John MacArthur publicados por Portavoz

<i>¿A quién pertenece el dinero?</i>	<i>Los pilares del carácter cristiano</i>
<i>El asesinato de Jesús</i>	<i>El plan del Señor para la Iglesia</i>
<i>Avergonzados del evangelio</i>	<i>El poder de la integridad</i>
<i>La batalla por el comienzo</i>	<i>El poder de la Palabra y cómo estudiarla</i>
<i>Cómo obtener lo máximo de la Palabra de Dios</i>	<i>El poder del perdón</i>
<i>Cómo ser padres cristianos exitosos</i>	<i>El poder del sufrimiento</i>
<i>El corazón de la Biblia</i>	<i>¿Por qué un único camino?</i>
<i>Distintos por diseño</i>	<i>Porque el tiempo SÍ está cerca</i>
<i>La gloria del cielo</i>	<i>Salvos sin lugar a dudas</i>
<i>Llaves del crecimiento espiritual</i>	<i>Sé el papá que tus hijos necesitan</i>
<i>Nada más que la verdad</i>	<i>La segunda venida</i>
<i>Nuestro extraordinario Dios</i>	<i>El único camino a la felicidad</i>
<i>El Pastor silencioso</i>	
<i>Piense conforme a la Biblia</i>	

Comentario MacArthur del Nuevo Testamento

<i>Mateo (en preparación)</i>	<i>Filipenses, Colosenses y Filemón</i>
<i>Marcos (en preparación)</i>	<i>1 y 2 Tesalonicenses, 1 y 2 Timoteo, Tito</i>
<i>Lucas (en preparación)</i>	<i>Hebreos y Santiago</i>
<i>Juan</i>	<i>1 y 2 Pedro, 1, 2 y 3 Juan, Judas (en preparación)</i>
<i>Hechos</i>	<i>Apocalipsis</i>
<i>Romanos</i>	
<i>1 y 2 Corintios</i>	
<i>Gálatas, Efesios</i>	

Sé el papá que tus hijos necesitan

John MacArthur



EDITORIAL
PORTAVOZ

La misión de *Editorial Portavoz* consiste en proporcionar productos de calidad —con integridad y excelencia—, desde una perspectiva bíblica y confiable, que animen a las personas a conocer y servir a Jesucristo.

Título del original: *Being a Dad Who Leads*, © 2014 por John MacArthur y publicado por Harvest House Publishers, Eugene, Oregon 97402. Traducido con permiso.

Edición en castellano: *Sé el papá que tus hijos necesitan*, © 2015 por Editorial Portavoz, filial de Kregel Publications, Grand Rapids, Michigan 49505. Todos los derechos reservados.

Traducción: Rosa Pugliese

Ninguna parte de esta publicación podrá ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación de datos, o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de los editores, con la excepción de citas breves o reseñas.

A menos que se indique lo contrario, todas las citas bíblicas han sido tomadas de la versión Reina-Valera © 1960 Sociedades Bíblicas en América Latina; © renovado 1988 Sociedades Bíblicas Unidas. Utilizado con permiso. Reina-Valera 1960™ es una marca registrada de American Bible Society, y puede ser usada solamente bajo licencia.

El texto bíblico indicado con “NVI” ha sido tomado de *La Santa Biblia, Nueva Versión Internacional*®, copyright © 1999 por Biblica, Inc.® Todos los derechos reservados.

El texto bíblico indicado con “NTV” ha sido tomado de la *Santa Biblia, Nueva Traducción Viviente*, © Tyndale House Foundation, 2010. Usado con permiso de Tyndale House Publishers, Inc., 351 Executive Dr., Carol Stream, IL 60188, Estados Unidos de América. Todos los derechos reservados.

El texto bíblico indicado con “LBLA” ha sido tomado de *La Biblia de las Américas*, © 1986, 1995, 1997 por The Lockman Foundation. Usado con permiso. Todos los derechos reservados.

Las cursivas en los versículos bíblicos son énfasis del autor.

EDITORIAL PORTAVOZ
2450 Oak Industrial Dr. NE
Grand Rapids, Michigan 49505 USA
Visítenos en: www.portavoz.com

ISBN 978-0-8254-5613-8 (rústica)
ISBN 978-0-8254-6408-9 (Kindle)
ISBN 978-0-8254-7929-8 (epub)

1 2 3 4 5 edición / año 24 23 22 21 20 19 18 17 16 15

Impreso en los Estados Unidos de América
Printed in the United States of America

*A mis hijos: Matt, Marcy, Mark y Melinda.
Todos están caminando con Cristo
y criando a sus propios hijos en la disciplina
y amonestación del Señor.
Este es, sin lugar a dudas, el gozo más grande
que un padre puede experimentar.*

Contenido

Introducción	9
1 El punto de partida en el liderazgo de un padre	13
2 Cómo criar a tus hijos en el Señor: Parte I	37
3 Cómo criar a tus hijos en el Señor: Parte II	59
4 Guía a tus hijos a crecer en sabiduría	79
5 El amor de un padre por un hijo rebelde	105
6 Un llamado a padres fuertes y valientes.	127

Introducción

Ninguna función es más importante o más sagrada en mi vida que mi rol de esposo y padre. Allí es donde más se ve mi verdadero carácter, y es el mayor indicador de mi éxito o fracaso en general como líder y ejemplo a seguir. El resto de las funciones que cumpla como pastor, educador, autor o líder de ministerio se verían seriamente comprometidas si no condujera a mi familia como es debido. De hecho, es una de las pruebas clave que muestra si un hombre es apto para liderar una iglesia, “pues el que no sabe gobernar su propia casa, ¿cómo cuidará de la iglesia de Dios?” (1 Timoteo 3:5). Por el contrario, si un hombre cultiva la gracia, la bondad y la mente de Cristo en su vida de hogar, naturalmente, el fruto del Espíritu se verá en abundancia en cada faceta de su vida: su desempeño laboral, todas sus relaciones y su conducta en el mundo.

Además, puesto que el hogar es donde se ve más claramente el verdadero temperamento de una persona, nadie conoce mejor el verdadero carácter de un hombre, que sus propios hijos. Ellos ven con más claridad de la que muchos de los padres pueden imaginar. Si la figura pública de un hombre no es más que una fachada hipócrita que desaparece en la privacidad del hogar, los niños serán los primeros en notarlo. De hecho, es difícil imaginar algo más destructivo que eso para el desarrollo moral y espiritual de un niño. Un padre malo, hipócrita o indiferente no

es solo un ejemplo constante y permanentemente negativo; su influencia también engendra cinismo, incredulidad, desaliento, resentimiento y toda una nueva generación de hipocresía en sus propios hijos. Por esto, Dios visita “la maldad de los padres sobre los hijos hasta la tercera y cuarta generación” (Números 14:18; cp. Éxodo 20:5; 34:7).

Sin embargo, del lado positivo, nadie puede tener una influencia positiva más fuerte o duradera en la vida de un hijo, que un padre espiritualmente firme. Criar a nuestros hijos “en disciplina y amonestación del Señor” (Efesios 6:4) no solo es un deber, sino también un gran privilegio; porque “el hijo sabio alegra al padre” (Proverbios 10:1; 15:20). No hay mayor gozo en la vida, que ver a nuestros propios hijos caminar en la verdad (cp. 3 Juan 4). En otras palabras, nada merece más la inversión de tiempo y energía que *ser un líder piadoso en tu hogar*. Los beneficios que obtendrás incluyen riquezas eternas de valor inestimable y recompensas terrenales, que son más agradables y valiosas que cualquiera de las riquezas materiales.

Creo que este libro te será de ayuda y aliento para conseguir este objetivo. Por tal motivo, he tratado, deliberadamente, de que fuera breve, simple y específico. Al fin y al cabo, así son las instrucciones bíblicas para los padres. Sin duda, la paternidad es uno de los temas sobresalientes de las Escrituras, donde encontramos principios para la crianza de los hijos desde Génesis hasta Apocalipsis. Pero, al recopilarlos y organizarlos, descubrimos que los preceptos bíblicos para los padres son escasos y simples. A diferencia de muchos de los manuales modernos para la crianza de los hijos, las Escrituras no se refieren a la crianza de los hijos como un enigma misterioso y confuso. La responsabilidad de los padres es bastante sencilla y básica. Lo que hace que la paternidad *parezca* difícil son nuestras propias incongruencias y debilidades. Esto se debe a que, ante todo, la

crianza de los hijos es una tarea espiritual; una tarea en la cual la rectitud moral personal, el dominio propio y la mortificación de nuestra propia carne son todos prerequisites necesarios para disciplinar e instruir correctamente a nuestros hijos. En resumen, la única manera de ser un papá que guíe bien a sus hijos es ser un padre que *viva* bien.

Que Dios te bendiga y te dé fuerzas en la búsqueda de este objetivo.

La responsabilidad dada al esposo [amar a su esposa] no debería tomarse livianamente. Es un llamado a pastorear, proveer, proteger y guiar. Requiere de amor, abnegación, humildad y diligencia. Por último, tiene su mirada puesta en el cielo y en el propósito de vivir cada día a la luz de esa herencia futura. Mientras tanto, descansa en la gracia de Dios con el conocimiento de que lo mejor de las relaciones humanas solo se puede disfrutar plenamente a la luz de nuestra comunión con Él.¹

RICH GREGORY

1. Rich Gregory, “Real Men Love Their Wives: Lessons from the Life of Peter”, en *Men of the Word*, ed. Nathan Busenitz (Eugene, OR: Harvest House, 2011), p. 126.

El punto de partida en el liderazgo de un padre

Según el diseño y la voluntad de Dios, el esposo es la cabeza del hogar; es el líder de la familia. Las Escrituras dejan en claro que él es el único responsable del éxito matrimonial y familiar, y del bienestar de todos los que componen la familia. Su autoridad ha sido declarada desde el comienzo del tiempo en la creación, un hecho explicado por el apóstol Pablo en 1 Corintios 11, donde afirma: “el varón es la cabeza de la mujer... tampoco el varón fue creado por causa de la mujer, sino la mujer por causa del varón” (vv. 3, 8-9). En este pasaje, Pablo sostiene el concepto de la autoridad de un hombre en la familia con la aceptación del orden de la creación —primero fue creado el hombre y luego la mujer— y del hecho de que la mujer fue creada para ayudar al hombre (Génesis 2:18, 21-24).

Más adelante, en el pasaje más significativo sobre la relación matrimonial y familiar de todo el Nuevo Testamento, Pablo aborda una vez más el rol del hombre como cabeza de su propio hogar. Al escribir sobre la relación entre el esposo, la esposa y los hijos en Efesios 5:22–6:4, Pablo establece que el diseño de Dios es que “el marido es cabeza de la mujer, así como Cristo es cabeza de la iglesia” (v. 23). Después, pasa a dar instrucciones específicas sobre cómo deben cumplir los esposos su rol de liderazgo, y comienza con este importante mandamiento:

“Maridos, amad a vuestras mujeres, así como Cristo amó a la iglesia” (v. 25).

Por lo tanto, esta es la máxima responsabilidad del esposo: amar a su esposa. Con el uso del amor de Cristo por la Iglesia como su ejemplo, Pablo explica en los versículos subsiguientes cómo debe manifestarse el amor del esposo. Cada hombre debe amar a su esposa con un amor sacrificial, purificador, atento e inquebrantable, semejante al de Cristo, todos aspectos que analizaremos en el transcurso de este capítulo.

La falta de liderazgo masculino en el hogar

Sin embargo, las preguntas que muchos se hacen hoy día son las siguientes: ¿Dónde están los esposos fuertes? ¿Dónde están los esposos y padres leales, amorosos y líderes? ¿Dónde están los hombres que están dispuestos a levantarse como la columna vertebral, la estructura o la base sólida sobre la cual poder edificar un matrimonio y una familia y, a su vez, una sociedad?

Demasiados hombres viven hoy día en mundos completamente alejados de su familia. Fuera del hogar, son hombres emprendedores, que resuelven problemas y se las ingenian para encontrar todo tipo de manera innovadora de hacer dinero y obtener promociones, prestigio y respeto de las personas de su mundo exterior. Sin embargo, en el hogar, en su mayor parte, son pasivos, indiferentes e irresponsables. Aunque puede que estén presentes en el hogar, no están comprometidos activamente en la dinámica cotidiana de la vida familiar.

Con una mirada histórica-sociológica de este problema, un escritor hizo la siguiente observación:

Una serie de sucesos históricos, que comenzó con la revolución industrial, siguió con la búsqueda

de la independencia norteamericana y el segundo gran avivamiento, y que culminó en el Victoriano, resultó en la desvinculación de los hombres estadounidenses del verdadero rol de la paternidad y el liderazgo moral en nuestra tierra. El hombre estadounidense, que en la época colonial era el líder siempre presente de una familia unida, dejó a su familia para ir tras el encanto industrial y materialista que trajo la revolución industrial. Los miembros más numerosos y activos de la iglesia, los hombres —que comúnmente debatían sobre teología en el mercado durante la época colonial—, con el tiempo, terminaron discutiendo sobre prácticas comerciales en las tabernas. Los padres, que trabajaban duro para infundir el valor de la colaboración a sus descendientes, con el tiempo, terminaron por dar a sus hijos el ejemplo de una competencia individual ilimitada. Los hombres, que una vez enseñaban a sus hijos respeto y obediencia a toda autoridad piadosa llegaron a actuar como si la independencia fuera una virtud nacional. Los hombres, que una vez desempeñaban un papel activo en la educación de sus hijos, relegaron esta responsabilidad a un sistema de educación pública...

Con el transcurso de 150 años, desde mediados del siglo XVIII hasta el final del siglo XIX, los hombres norteamericanos abandonaron la responsabilidad que Dios les había dado del liderazgo moral y espiritual en los hogares, las escuelas y las clases dominicales de la nación. Como sociólogo, Lawrence Fuchs indica: “Se han sentado las bases para el hogar sin padre del siglo XX. A finales del

siglo XIX, por primera vez fue social y moralmente aceptable que los hombres no estuvieran dedicados a su familia”.²

Lo que tú tienes aquí es la desaparición del esposo y padre norteamericano —todo por lo que, inicialmente, fue un noble propósito— para darle una mejor vida a su familia. Pero al poco tiempo, el padre estaba operando en un ámbito completamente independiente de su propia familia, un mundo sobre el cual su familia sabía poco o nada. Esto ha dado lugar a cambios sutiles y no tan sutiles, que han tenido un efecto devastador sobre la familia.

Por varias razones, muchos hombres hoy día no participan activamente de la vida de su familia. Tienen que trabajar; están demasiado cansados cuando llegan a casa; tienen que hacerle algo al automóvil, jugar al fútbol con los muchachos, ir al gimnasio. De modo que no tienen tiempo para interactuar y jugar con sus hijos, ir a ver sus actividades deportivas y asistir a los programas de la escuela.

Ahora bien, podemos ver esta explicación histórica-sociológica sobre lo que les ha sucedido a los padres y decir que estos cambios tienen su raíz en la revolución industrial, la cual básicamente creó un mundo fuera del hogar. Y están aquellos que dirían que no se puede hacer mucho al respecto, que solo podemos hacer lo mejor de nuestra parte en medio de esta realidad.

Sin embargo, eso es solo parte de la situación. Es solo uno de diversos factores que han disminuido la cantidad de tiempo de los padres en el hogar. Hay otras razones también, y muchas

2. Weldon Hardenbrook, “Where’s Dad?” en *Recovering Biblical Manhood and Womanhood*, John Piper y Wayne Grudem, eds. (Wheaton, IL: Crossway, 1991), pp. 378-379.

de estas simplemente se reducen al hecho de que el padre está tomando decisiones en su vida que lo están alejando de su familia. Sí, hay casos en que las circunstancias impiden que un padre esté en el hogar. Pero si somos sinceros con nosotros mismos, por lo general, tiene que ver con la manera en que el hombre decide priorizar su tiempo.

El resultado final es que muchos hombres no están cumpliendo su llamado bíblico en el hogar. No han hecho de la vida en el hogar una prioridad suficiente que los lleve a comprometerse con sus obligaciones más básicas como esposo y padre. La Biblia dice que el hombre es responsable de conducir su hogar, cuidar de su esposa e instruir a sus hijos. Estas responsabilidades están claramente establecidas en las Escrituras. Si no se cumplen, la familia se derrumbará. De hecho, los hombres que no cumplen el rol que Dios les ha mandado a desempeñar en el hogar, carecen de su verdadera masculinidad. La discordia matrimonial y una vida caótica en el hogar son algunos de los resultados inevitables.

Dichosamente, todavía hay hombres que se preocupan por cumplir el rol que Dios ha establecido que desempeñen en el hogar, y el hecho de que estés leyendo este libro muestra que eres uno de ellos. Mi corazón siempre se goza cuando un padre expresa el deseo genuino de vivir como un buen líder y ejemplo para su esposa y sus hijos; un deseo que está expresado en la carta que sigue a continuación:

Saludos cordiales John:

Mi adorable esposa y yo hemos estado casados durante siete años. Tenemos dos varones maravillosos. Son dos dulces muchachitos con un tierno corazón, de modo que, hasta ahora, la disciplina

no ha sido demasiado terrible. Sin embargo, esta es mi mayor preocupación: quiero que conozcan verdaderamente al Señor. ¿Estoy instruyendo correctamente como padre su tierno corazón? ¿Hay algo más que pueda hacer?

Cada día me doy cuenta de que necesitan que yo sea un hombre de Dios fuerte, especialmente en estos tiempos. Quiero que al mirarme no tengan dudas de quién es el centro de mi vida; que Jesucristo es mi Señor y mi Amo.

Sé que en el camino cometeré errores, ya que no soy más que un hombre. Pero quiero darles lo mejor de mí, poner un fundamento sólido y sembrar tantas semillas como sea posible. Apreciaría su consejo como maestro de la Biblia y papá de hijos varones. Sé que cuando mis hijos sean más grandes, podré enseñarles verdades de las Escrituras más profundas y sublimes, y espero ansiosamente que llegue ese momento. Pero la etapa de su niñez es invaluable y no quiero perderme la oportunidad de aprovechar el mejor momento de enseñarles acerca de nuestro gran Dios. Hermano, le agradezco por cualquier palabra de ayuda y aliento que me pueda dar.

La prioridad de un esposo y padre

Si queremos volver al diseño de Dios para la vida de la familia, debemos comenzar por el liderazgo del esposo en el hogar. Esto implica un liderazgo moral y espiritual, así como una seguridad emocional y física. Allí es donde empieza todo; la autoridad del hombre tiene que ver con estas cosas. No tiene que ver con alguna clase de búsqueda mística de nuestra

“masculinidad interior”, ni es algo que debemos averiguar por medio de un análisis psicológico o sociológico. Antes bien, está basado en ser diligente en implementar de manera sencilla y práctica los principios que se encuentran en la Biblia.

Si eres un hombre cristiano, seguramente reconoces que el éxito en tu vida de hogar es mucho más importante que el éxito en tu carrera. Esto es así, especialmente, cuando consideras qué clase de testimonio es tu vida de hogar para tus compañeros de trabajo. Deja de cuidar de tu familia y perderás credibilidad en el mundo exterior en lo que respecta a cualquier cosa que tenga que ver con la fe cristiana.

Bíblicamente hablando, tus responsabilidades como esposo y padre están antes que todo lo demás. Dios lo diseñó así, y fue Él quien creó la unión matrimonial y la familia como los primeros elementos —y los más fundamentales— de toda la sociedad humana. Cuando la familia se derrumba, la sociedad también se derrumba. Una familia fuerte —una sociedad sana— comienza con el liderazgo del esposo en el hogar.

Por lo tanto, ¿cómo es este liderazgo? ¿Cómo cumple un hombre cristiano el llamado de Dios de ser el líder del hogar? Más específicamente, ¿cómo puede conducir a su esposa y sus hijos de una manera que fortalezca la unidad familiar, bendiga a aquellos que no forman parte del hogar y le dé la gloria a Dios?

En Efesios 5:25-31, Dios establece las responsabilidades del esposo para con su esposa, y un poco más adelante, en Efesios 6:4, encontramos la instrucción divina de cómo los padres deben conducir a sus hijos. En la primera parte de este libro enfocaremos nuestra atención en esto.

Un buen líder ama a su esposa

Cuando el apóstol Pablo describió las responsabilidades del esposo cristiano para con su esposa, escribió lo siguiente:

Maridos, amad a vuestras mujeres, así como Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella, para santificarla, habiéndola purificado en el lavamiento del agua por la palabra, a fin de presentársela a sí mismo, una iglesia gloriosa, que no tuviese mancha ni arruga ni cosa semejante, sino que fuese santa y sin mancha. Así también los maridos deben amar a sus mujeres como a sus mismos cuerpos. El que ama a su mujer, a sí mismo se ama. Porque nadie aborreció jamás a su propia carne, sino que la sustenta y la cuida, como también Cristo a la iglesia, porque somos miembros de su cuerpo, de su carne y de sus huesos. Por esto dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y los dos serán una sola carne (Efesios 5:25-31).

Observa dónde comienza todo: con el mandamiento, “Maridos, amad a vuestras mujeres” (v. 25). Tres versículos más adelante lo repite otra vez: “los maridos deben amar a sus mujeres”. De hecho, el amor es el tema de todo este pasaje: el amor de un hombre por su esposa y el amor de Cristo por la Iglesia. Esto deja bien en claro que la máxima responsabilidad de un hombre es amar a su esposa. Eso viene primero. Todo lo demás en la vida deriva de eso.

La máxima responsabilidad de un hombre es amar a su esposa.

Si Pablo no hubiera ilustrado cómo debemos mostrar este amor, probablemente, correríamos en miles de direcciones diferentes para tratar de averiguar qué significa para un hombre amar a su esposa. Actualmente, el mundo tiene ideas confusas acerca del amor; ideas que distan mucho de la definición bíblica del amor. Los músicos han escrito incesantemente acerca del

amor y las dificultades que las personas experimentan en sus relaciones. Por lo general, el amor se define como una emoción, que aparece y desaparece, que aumenta y disminuye, que oscila. Se describe como un sentimiento que hace que las personas hagan cosas que normalmente no harían. El amor, como lo plasma la música popular y la creencia secular, no es un sacrificio, un compromiso o una decisión a tomar, sino algo que *te sucede*: encuentras el amor, te enamoras locamente. Las personas hablan de esperar que llegue el amor a sus vidas. Alimentan expectativas románticas sobre el amor, que son insostenibles e irrealistas. Piensan en el amor en términos de lo que les dará, en vez de lo que el amor auténtico requiere. Casi todas las nociones sobre el amor, que fomenta nuestra cultura saturada de entretenimiento egocéntrico, se quedan cortas comparadas al amor real.

Gracias a Dios, Pablo no deja a los esposos con la incertidumbre acerca de cómo deben amar a sus esposas; sino que va directo al grano, sin rodeos. Es muy claro y específico para decir que un esposo debería amar a su esposa “así como Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella” (v. 25).

El amor de Cristo por la Iglesia es el ejemplo que el esposo debe seguir en su relación con su esposa. En otras palabras, el amor de un esposo por su esposa debe ser una ilustración viva del amor redentor de Cristo. El amor de Cristo es el modelo, el estándar eterno. El amor de un esposo por su esposa debe ser una copia exacta. Esto explica el carácter sagrado de la unión matrimonial; especialmente, la importancia distintiva del llamado del esposo. La función y las responsabilidades de los esposos terrenales han sido diseñadas por Dios, específicamente, para ilustrar el amor eterno del Novio por su Iglesia. Efesios 5:25-30 describe ese amor y vemos que se manifiesta de cuatro maneras clave.

Ama a tu esposa con un amor sacrificial

Empezamos con Efesios 5:25, que dice: “Maridos, amad a vuestras mujeres, así como Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella”. ¿Qué hizo Cristo por la Iglesia? Se sacrificó por ella. Murió en la cruz por pecadores indignos, que en conjunto constituyen su novia escogida. Su amor por ellos fue completamente inmerecido, gratuito y producto de *su* iniciativa; no por algún mérito de aquellos a quienes ama; no debido a algún encanto o atractivo inherente que ellos podrían poseer y tampoco por alguna ventaja o beneficio que ellos le den a cambio. Su amor por ellos no es una recompensa que se ganaron; sino netamente un sacrificio que Él hace en beneficio de ellos. Este es el modelo que deben seguir los esposos.

En Hechos 20:28, leemos que Cristo compró la Iglesia “por su propia sangre”. Romanos 5:8 dice que Jesús nos mostró su amor al morir por nosotros. Romanos 8:38-39 dice que Dios nos ama con amor eterno, inmutable; nos ama con un amor del cual nadie podrá separarnos jamás.

En respuesta al mandato hecho a los esposos en Efesios 5:25, el gran predicador victoriano C. H. Spurgeon dijo lo siguiente:

Un esposo ama a su esposa con un amor persistente, así como hace Cristo con su Iglesia. No la abandonará mañana, después de haberla amado hoy. Su amor no cambia. Podría cambiar su manera de manifestar el amor, pero el amor en sí sigue siendo el mismo. Un esposo ama a su esposa con un amor eterno; un amor que nunca se acaba. El esposo le dice: “te amaré hasta que la muerte nos separe”; pero Cristo no dejará que ni la muerte separe a sus hijos de su amor. Nada “nos podrá separar del amor

de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro”. Un esposo ama a su esposa con un amor entrañable, un amor verdadero e intenso. No es solo un amor de la boca para afuera. Él no solo habla, sino que actúa; está gustoso de suplir sus necesidades; defenderá su carácter; vindicará su honor; porque la ama. No se deleita en ella solo con una mirada casual, sino que el recuerdo de ella lo acompaña continuamente en su alma; ella tiene una mansión en su corazón, del cual nunca es separada. Ella se ha convertido en una parte de él mismo; es miembro de su cuerpo; es parte de su carne y de sus huesos, y así es la Iglesia para Cristo por siempre, una esposa eterna.³

Ese es un amor realmente extraordinario, ¿verdad? El gran reto del esposo de amar a su esposa de la misma manera que Cristo amó a la Iglesia es que siempre hay lugar para crecer. El amor de Cristo es un amor perfecto y eterno, y los esposos son llamados a imitarlo. Cristo nos amó aunque éramos pecadores rebeldes y lo habíamos rechazado categóricamente. Él murió en la cruz por nosotros, donde mostró un amor sacrificial que no esperaba nada a cambio, un amor que le costó la vida. Esta es la clase de amor que Él derramó por la Iglesia, y es la clase de amor que el esposo debe tener por su esposa.

De vez en cuando, escucharás a un esposo decir: “amo demasiado a mi esposa”. Pero ¿la ama tanto como Cristo amó la Iglesia? Si no, entonces no la ama lo suficiente. El amor de Cristo por la Iglesia es el modelo según el cual los esposos deberían medir su amor por su esposa, y vamos a admitirlo

3. C. H. Spurgeon, “A Glorious Church”, sermón predicado en el Tabernáculo Metropolitano, el 7 de mayo de 1865.

sinceramente: todos nos quedamos cortos. Dada la claridad y la contundencia de este mandamiento, ningún esposo tiene derecho a sentirse orgulloso de sí mismo. Observa que las Escrituras no adaptan el estándar para compensar nuestra debilidad. Podría parecer una hipérbole, pero no lo es. El esposo es llamado a *entregarse a sí mismo* por su esposa, y el ejemplo excepcional que debemos seguir es el sacrificio inconmensurable que Cristo hizo para redimir a los pecadores. En otras palabras, no hay posibilidad de amar y sacrificarse “demasiado”.

El apóstol Pedro habla de amor sacrificial también cuando dice: “Vosotros, maridos... vivid con ellas sabiamente, dando honor a la mujer como a vaso más frágil, y como a coherederas de la gracia de la vida, para que vuestras oraciones no tengan estorbo” (1 Pedro 3:7). Aquí vemos en términos muy prácticos cómo el esposo debe amar a su esposa, y podemos dividirlo en tres partes:

1. Consideración

“Vivid con ellas sabiamente”. Es decir, ser sensible con ella. Tómate tiempo para suplir sus necesidades y entender qué está pensando. Pregúntale acerca de sus preocupaciones, metas, sueños, afectos y deseos. Muy simple, tómate tiempo para escucharla. Antes de poder expresarle un amor sacrificial —la clase de amor que supla sus necesidades—, necesitas saber cuáles son esas necesidades.

2. Caballeridad

Pedro nos recuerda amablemente que nuestra esposa es “como... [un] vaso más frágil”. La gente hoy podría pensar que es una declaración humillante, pero no lo es. Pedro simplemente estaba señalando que la mujer no tiene la misma clase de fuerza física que el hombre, y por consiguiente necesita su

protección. Aunque tu esposa es totalmente igual a ti desde un punto de vista espiritual (Gálatas 3:28), es físicamente más débil y necesita tu provisión y tu fuerza. Suplir sus necesidades es amarla.

3. Comunión

Tu esposa es una “coheredera[s] de la gracia de la vida”. Ella es tu semejante espiritual. Como tal, debes cultivar compañerismo y comunión con ella, no subyugarla. Este era un concepto extraño para la cultura greco-romana de la época de Pedro. Los esposos generalmente no se interesaban en tener amistad con su esposa, solo esperaban que se encargara del hogar y de criar a los hijos. Por el contrario, se espera que el esposo cristiano cultive un compañerismo afectivo e íntimo con su esposa, que es una de las más ricas bendiciones que podemos conocer en esta vida.

De este modo, 1 Pedro 3:7 describe aún más cómo es el amor sacrificial. Finalmente, el esposo cristiano ama a su esposa *no* por lo que ella puede hacer por él, sino por lo que él desea hacer por ella. Así es como funciona el amor de Cristo. Él nos ama no porque hay algo en nosotros que lo atrae; Él nos ama porque ha determinado amarnos a pesar de no encontrar ningún atractivo en nosotros. Él nos ama con un amor comprensivo, que busca entendernos, ayudarnos, consolarnos, dotarnos y suplir nuestras necesidades. Es un amor que no merecemos, un amor que nunca se acabará. Es un amor que persevera aun cuando le fallamos. Esta es la clase de amor que tú, como esposo, debes tener para con tu esposa.

Ama a tu esposa con un amor purificador

Segundo, el amor de Cristo por la Iglesia es un amor purificador. Efesios 5:25-28 dice que Cristo “se entregó a sí mismo”

por la Iglesia “para santificarla, habiéndola purificado en el lavamiento del agua por la palabra, a fin de presentársela a sí mismo, una iglesia gloriosa, que no tuviese mancha ni arruga ni cosa semejante, sino que fuese santa y sin mancha”.

Pablo está hablando aquí de un amor edificante espiritualmente, un amor beneficioso espiritualmente. Tú debes amar a tu esposa de tal manera que alientes en ella el deseo de una mayor santidad. Este amor lleva a la mujer a ser más santa y permite que brille en toda su belleza. Vemos aquí que la belleza más auténtica, más fina y más duradera de una mujer no es la externa, sino más bien la interna. La santidad es la que la hace genuinamente bella y pone de manifiesto la obra de Dios en su corazón. Primera de Samuel 16:7 contrasta la belleza externa con la interna cuando dice: “el hombre mira lo que está delante de sus ojos, pero Jehová mira el corazón”. Por consiguiente, se exhorta a las mujeres a no preocuparse tanto por los adornos que realzan sus encantos físicos, sino por embellecer a la persona interior. En 1 Pedro 3:3-4 se les dice: “Vuestro atavío no sea el externo... sino el interno, el del corazón”.

Por esa razón, una de las mejores maneras en que tú, como esposo, puedes mostrar amor por tu esposa es al conducirla a una virtud cada vez mayor. Anímalala a buscar la santidad de la misma manera que Cristo busca santificar a la Iglesia “a fin de presentársela a sí mismo, una iglesia gloriosa, que no tuviese mancha ni arruga ni cosa semejante, sino que fuese santa y sin mancha” (Efesios 5:27). El mayor deseo de Cristo por la Iglesia es presentarla en todo su glorioso esplendor sin mancha o impureza.

Efesios 5:26 nos dice que esa limpieza tiene lugar “en el lavamiento del agua por la palabra”. En otras palabras, la Palabra de Dios tiene un efecto purificador en nuestra vida. Salmos 119:9 nos dice que si queremos mantener nuestra vida pura,

debemos vivir conforme a su Palabra. De modo que tú, como esposo, debes asegurarte de que tu esposa esté continuamente expuesta a la Palabra de Dios para que ella pueda permanecer santa y sin mancha. Eso puede constar de escuchar la predicación de las Escrituras durante el servicio del domingo, participar de un estudio bíblico y animarla a leer libros o escuchar mensajes que contengan una sólida instrucción bíblica.

Esto también significa no conducir a tu esposa al pecado o exponerla a la iniquidad. No hables o actúes de manera que pueda amargarla, enojarla o exasperarla. No la estimes intencionalmente de manera que la lleve a responder de manera pecaminosa. Si realmente amas a tu esposa, detestarás todo aquello que la contamine. Harás todo lo posible para proteger y preservar su pureza. El esposo que ama, como Cristo, solo busca presentar a su novia gloriosa y dignificada. Procura honrarla. Este es un elemento fundamental de tu rol como líder espiritual de tu hogar.

Ama a tu esposa con un amor atento

Tercero, Pablo dice que el amor de un esposo por su esposa debe ser un amor atento: “los maridos deben amar a sus mujeres como a sus mismos cuerpos. El que ama a su mujer, a sí mismo se ama” (Efesios 5:28).

¿Qué significa exactamente amar a tu esposa como a tu propio cuerpo? Pablo está presentando un concepto simple aquí: generalmente, somos bastante buenos para cuidar de nuestro propio cuerpo. Cuando estamos enfermos, descansamos y hacemos lo necesario para mejorarnos. Cuando tenemos hambre, comemos. Cuando tenemos sed, satisfacemos nuestra sed. Cuando estamos transpirados o sucios, nos lavamos. Generalmente, estamos bastante motivados con todo lo que tiene que ver con nuestra alimentación, nuestra vestimenta o nuestra

comodidad. Somos prontos para atender nuestras propias necesidades. Y Pablo está diciendo que debemos tratar a nuestra esposa con el mismo nivel de cuidado que nos dedicamos a nosotros mismos.

Los próximos versículos nos llevan a un punto crucial: “Porque nadie aborreció jamás a su propia carne, sino que la sustenta y la cuida, como también Cristo a la iglesia, porque somos miembros de su cuerpo, de su carne y de sus huesos” (vv. 29-30). Cuando te casaste con tu esposa, los dos se convirtieron en una sola carne. Entonces, por eso Pablo escribe: “Por esto dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y los dos serán una sola carne” (v. 31). En la relación matrimonial, tú y tu esposa son uno. Y en la salvación, tu esposa es uno con Cristo. De modo que, en un sentido muy real, tú tratas a tu esposa de la misma manera como tratas a Cristo. Si no amas a tu esposa de manera atenta, entonces no cuidas de ti mismo y no amas a Cristo como deberías.

Si quieres que tu matrimonio sea bendecido, debes cuidar de tu esposa.

Si quieres que tu matrimonio sea bendecido, debes cuidar de tu esposa. Cuando te enteras de que ella tiene una necesidad, deberías tratar de suplirla. Cuando sabes que ella tiene un anhelo en su corazón y es un deseo razonable que contribuirá a su virtud y bienestar, deberías hacer todo lo posible por cumplirlo. Tu esposa es un tesoro que Dios te ha dado, la cual debes cuidar, sustentar y proteger. Así es exactamente como Cristo cuida de su Iglesia.

Vuelve a leer Efesios 5:29 y observa los dos términos “sustenta” y “cuida”. En el texto original griego, la palabra “sustenta” es un término usado principalmente para hablar de criar a los hijos. Es la misma palabra que Pablo usa un poco más

adelante en Efesios 6:4: “Y vosotros, padres... criadlos [hijos] en disciplina y amonestación del Señor”. Normalmente, pensamos en términos de sustentar a nuestros hijos, pero en Efesios 5:29, Pablo dice que debemos sustentar o cuidar a nuestras esposas. Como esposo, tú eres responsable de sustentar a tu esposa para que ella, a cambio, pueda sustentar eficientemente a los hijos en el rol que Dios le ha dado como madre.

Después, la palabra griega que se traduce “cuidar” significa “abrigar con el calor del cuerpo”. A veces se traduce como “enternecer”. Se usa para un ave mamá que apremia a su hijos a acercarse a ella para que pueda mantenerlos abrigados y seguros. En el contexto de los esposos, Efesios 5:29 está diciendo que debemos apoyar y cuidar de nuestras esposas de una manera que las haga sentir amadas y seguras. Es un reto hacer esto en un mundo que enseña a las mujeres a ser duras e independientes. Y se requiere de una gran cantidad del liderazgo espiritual de un hombre para dar abrigo, fuerza y seguridad a su esposa. Como esposo, esa es tu responsabilidad.

El esposo como el proveedor

Volviendo a la analogía de que tú como esposo debes amar a tu esposa como Cristo amó a la Iglesia, ¿has notado alguna vez que es Cristo el que hace toda la tarea de suplir? Él es quien sustenta, protege y guarda. Nada se dice de la Iglesia en cuanto a que le dé a Cristo algo a cambio. De la misma manera, tu amor por tu esposa debe ser un amor desprendido. Cristo no amó a la Iglesia con la expectativa de recibir algo a cambio, y esa es la clase de amor que debes tener como esposo. Así como Cristo es el proveedor para su Iglesia, tú debes ser el proveedor para tu esposa.

En este momento podrías estar diciendo: “Bueno, tendría que sacrificar mi carrera para hacer eso”. Entonces sacrifica tu

carrera. O deja de lado cualquier cosa que te esté impidiendo amar a tu esposa como deberías. Tal vez no seas promovido tantas veces o tan alto como te gustaría. O tal vez no tengas la oportunidad de perseguir tanto algunos de tus objetivos o placeres personales. Pero, al final, serás tan recompensado por la dicha de vivir conforme al diseño de Dios para el matrimonio, que descubrirás que valió la pena haber renunciado a cualquier cosa.

La dificultad de ser el proveedor

Las Escrituras dejan en claro que, desde el principio, el diseño de Dios ha sido que el esposo sea el proveedor. Sin embargo, este rol ha sido más difícil a partir de que Adán y Eva cayeran en pecado. ¿Recuerdas la maldición que Dios pronunció como resultado de su desobediencia? Dios le dijo a Eva que ella daría a luz con dolor. Luego le dijo a Adán: “maldita será la tierra por tu causa; con dolor comerás de ella todos los días de tu vida... Con el sudor de tu rostro comerás el pan” (Génesis 3: 17, 19). En otras palabras, de allí en adelante, la tarea de ser el proveedor demandaría un duro trabajo. La maldición fue un golpe directo a la responsabilidad del hombre de ser el proveedor, así como un golpe directo a la responsabilidad de la mujer de dar a luz los hijos.

Esto nos muestra que el trabajo del esposo como el proveedor no es fácil. De hecho, es tan difícil que solo puede cumplirse mediante el poder del Espíritu y una vida transformada. Como dice Efesios 5:30: si eres cristiano, eres miembro del Cuerpo de Cristo. Eres uno con Cristo, y el Espíritu habita en ti. Y al caminar en el poder del Espíritu y rendirte a su Palabra y el control de Dios, podrás cuidar de tu esposa de la misma manera que Cristo cuida de su Iglesia.

Ama a tu esposa con un amor inquebrantable

La cuarta característica del amor de un esposo por su esposa es que debe ser un amor inquebrantable. En Efesios 5:31, Pablo citó Génesis 2:24 y escribió: “Por tanto, dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y serán una sola carne”. El matrimonio es la unión de un hombre y una mujer que dejan a sus padres y forman una nueva unión con una identidad única totalmente propia. Son dos vidas que se vuelven una.

¿Qué quiere decir la frase “una sola carne”? La referencia principal es a la unión sexual entre el esposo y la esposa, que es la evidencia más obvia de que los dos han llegado a ser uno. Esto les permite engendrar hijos que lleven los rasgos genéticos de ambos, lo cual hace de los hijos un emblema de la unidad entre un esposo y una esposa.

Sin embargo, el concepto de relación de una sola carne es mucho más amplio. En 1 Corintios 6:15, Pablo escribió: “¿No sabéis que vuestros cuerpos son miembros de Cristo?”. La unión del creyente con Cristo, desde luego, es *espiritual*, no física. Sin embargo, el apóstol dice expresamente que en tal unión incluso los cuerpos físicos de los cristianos básicamente se convierten en “miembros de Cristo”: un cuerpo. De hecho, sigue diciendo que cualquier pecado sexual que el creyente comete es una profanación a Cristo: “¿Quitaré, pues, los miembros de Cristo y los haré miembros de una ramera? De ningún modo. ¿O no sabéis que el que se une con una ramera, es un cuerpo con ella? Porque dice: Los dos serán una sola carne” (vv. 15-16). Obviamente, entonces, las ideas de unión espiritual e intimidad física están estrechamente ligadas. Esto sugiera que la frase “una sola carne” tiene que ver con mucho más que tan solo la intimidad sexual.

Verdaderamente, el matrimonio es una fusión entre dos almas, no simplemente la unión de dos cuerpos. La unión física ilustra y ejemplifica la realidad plena de lo que significa el matrimonio; pero de ninguna manera disminuye la importancia de que los dos lleguen a ser uno. El matrimonio, como Dios lo diseñó, no es solo la unión de dos personas en la intimidad física; sino que también es la unión del corazón y la mente de la pareja. Esta realidad plena implica una unión espiritual que abarca cada aspecto de la vida.

Cuando un hombre y una mujer llegan a ser uno en matrimonio, entablan una relación personal única, íntima e integral. Toda su identidad se redefine. Renuncian a su autonomía personal (y a cada aspecto independiente o egocéntrico de su identidad individual), porque ahora son uno con otra persona. En realidad, no se pierde nada de valor en la unión; ambos cónyuges ganan enormemente al estar unidos uno con el otro. Así que “lo que Dios juntó, no lo separe el hombre” (Mateo 19:6). Por eso Dios aborrece el divorcio; porque separa lo que ha sido diseñado para que sea una relación indisoluble, indivisible de una sola carne (Malaquías 2:16).

Una unión permanente

Efesios 5:31 cita textualmente Génesis 2:24. La traducción Reina-Valera de ese versículo es conocida, porque normalmente se menciona en las ceremonias de boda tradicionales. “Por esto dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y los dos serán una sola carne”. Jesús cita el mismo versículo de Génesis en Mateo 19:5. La palabra “unirá” habla de la permanencia de la unión matrimonial. Es la palabra griega *proskollao*, que significa “estar pegado o cementado; aferrado”. Un esposo y una esposa están unidos en una unión que no es solo física, sino también incluye la unidad de la mente, unidad del corazón

y unidad del propósito. En la unión matrimonial, los cónyuges se unen en una magnífica intimidad personal, que es diferente a otra clase de relación terrenal.

Una unión de perdón

Durante todos mis años en el ministerio, he escuchado a mujeres decir: “Quiero mantener mi matrimonio unido, pero es difícil vivir con este hombre”. Y he escuchado a hombre decir: “Quiero seguir casado, pero no sé si puedo seguir viviendo con esta mujer”.

Si un matrimonio ha llegado a este punto, frecuentemente es porque el esposo, la esposa o ambos han dejado de practicar el perdón en su relación. Cuando uno o ambos esposos se mantienen en un estado de constante falta de perdón, la frustración de uno para con el otro se acumula, y eso, a la vez, produce una tirantez cada vez mayor.

Pero considera esto: ¿Cuántas veces te ha perdonado el Señor? ¿Acaso no es todos los días? Su amor por ti nunca cambia. Aun cuando sucumbes a la tentación y caes en pecado, sigues siendo la esposa que Él ha escogido. Y cuando confiesas tus pecados “él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad” (1 Juan 1:9). Nada te podrá separar del amor de Cristo (Romanos 8:38-39).

Esta es la clase de perdón lleno de amor y gracia que debemos practicar en la relación matrimonial. Efesios 4:32 nos manda a ser “benignos unos con otros, misericordiosos, perdonándoos unos a otros, como Dios también os perdonó a vosotros en Cristo”. Nosotros, a quienes Dios nos ha perdonado tanto, deberíamos estar mejor dispuestos a perdonar las ofensas relativamente menores de otros, especialmente de nuestra esposa.

Con eso en mente, ¿cuántas veces debemos perdonarnos unos a otros? Jesús dijo “setenta veces siete” (Mateo 18:22): lo

que Él quiere decir es que *siempre* deberíamos estar dispuestos a perdonar, sin límite. Tú eres llamado a amar a tu esposa con un amor inquebrantable, que la siga perdonando sea lo que sea. En el matrimonio, ustedes son una sola carne para toda la vida. ¿Puede un hombre abandonar a su esposa? Déjame responderte con otra pregunta: ¿Puede Cristo abandonar a su Iglesia?

La clave de la verdadera felicidad matrimonial

En Efesios 5:25-31, vemos que un esposo debe amar a su esposa con amor sacrificial, un amor purificador, un amor atento y un amor inquebrantable. Y el ejemplo de ese amor, que debemos seguir, es el del mismo Señor Jesucristo. Eso nos trae a este punto: la unión matrimonial entre un hombre cristiano y una mujer cristiana es un retrato de la unión entre Cristo y su Iglesia. Por eso debemos tratar la relación matrimonial con gran reverencia; es un símbolo sagrado de la relación de Cristo con su Iglesia. Dios diseñó que el matrimonio sea una unión permanente e inquebrantable, que revele al mundo el amor de Cristo por su Iglesia.

Sin embargo, ningún esposo puede mostrar por su esposa un amor como el de Cristo sin el poder del Espíritu. Cuando andamos en el Espíritu (Gálatas 5:16) —es decir, cuando nos rendimos humildemente al Espíritu y confiamos que Él nos da poder para vivir en obediencia a los mandatos de las Escrituras—, manifestamos el fruto del Espíritu, que incluye amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza (vv. 22-23). Cuando vives bajo el control del Espíritu y te consagras a vivir humildemente la Palabra de Dios, recibes poder para amar a tu esposa de la manera que Dios te ha llamado a amarla. Y experimentas en tu matrimonio el romance y el gozo duraderos que para muchas personas es muy difícil.

Cuando conduces en amor y aprecias a tu esposa de la misma manera que Cristo amó a la Iglesia, tu relación matrimonial puede experimentar la plenitud de todo lo que Dios ha diseñado para el matrimonio. Cuando cumples tu rol como un líder amoroso en tu hogar, tu matrimonio prospera y tu esposa se deleita en cumplir su rol en la relación. Y cuando tus hijos ven que su padre y su madre están comprometidos a vivir el diseño de Dios para el matrimonio, pueden experimentar la estabilidad y la seguridad que viene de un entorno saludable en el hogar. Son ricamente bendecidos, y Dios recibe el honor y la gloria cuando las personas que los rodean ven que viven el plan perfecto de Dios para el matrimonio.

*Deberíamos provocar en nuestros hijos la impresión de que la cosa más maravillosa del mundo es el cristianismo; y que no hay nada en la vida comparable a ser un cristiano.*⁴

MARTYN-LLOYD JONES

4. Martyn-Lloyd Jones, *Life in the Spirit in Marriage, Home and Work—An Exposition of Ephesians 5:18 to 6:9* (Grand Rapids: Baker, 1974), p. 301.